

***MEDITACIÓN ANTE EL SANTÍSIMO  
CRISTO DE LA CARIDAD  
EN SU TRASLADO AL SEPULCRO***

***Juan Moya Gómez***  
*Parroquia de San Andrés*  
*9 de abril de 2011*

*A mi hija Beatriz, ese regalo de Dios.*

*Gracias por cambiar mi vida*

## **I.- ORACIÓN DE ENTRADA.**

Hastiado del espíritu hueco que puebla el corazón de las almas ciegas, fatigado ante la carga de trabajo que indolente me marca una sociedad que se empeña en atarme a la falsedad de las cosas materiales y etéreas.

Harto de perderme en banalidades que me distancian de esa vida que incesante me llama desde fuera. Harto del relativismo que todo lo consume, que todos los valores quiebra, he venido amparado en el silencio de ésta noche oscura, Señor, una vez más a encontrarme con tu presencia. Porque mi alma está cansada de vagar errante, quebrada y rota por los males que la acechan, porque sediento estoy de tu Paz, deseoso de sentir tu presencia. Porque hace ya tanto tiempo que voluntariamente me alejé de Ti, que hoy me causa dolor y tristeza pensar en qué momento le pude dar la espalda a tu dulce amor, a mi salvación, a mis creencias.

Tanto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos, desde la última vez que encontré un momento para serenar mi ánimo y dialogar contigo que temeroso y hasta confundido me encontraba pensando que ya no habría forma de volver a retomar el camino ese que me conduce hasta ti, ese que tenía marcado mi destino.

Pero en el letargo de tanto amor, cuando ya menos lo esperaba y el dolor de la soledad me aprisionaba, pude volver a sentir en mí tu voz, que

desde lejos serenamente me llamaba diciéndome como un clamor “*ven, no tengas miedo, acércate, sigue el camino que conduce a la Vida que allí te estaré siempre esperando*”.

Y ahora que, tímido me acerco a tu lado, sólo puedo decir a los que cada día pregonan tu desaparición que no hay espíritu más grande que tu aliento, que no hay vida tan llena como la que encierras y nos entregas, que no hay dolor que no sanen tus manos ni manos que no encuentren refugio cuando estás cerca pues

Yo que tan cerca he visto a la muerte  
y en mi mente a fuego la llevo grabada  
No percibo el rumor de su llamada  
En el cuerpo que me muestras inerte.

Será eso o las ganas de quererte  
Pero en tu dulce y plácida mirada  
Sólo veo brotar la vida acompasada  
Como agua que lleva la corriente.

Hoy que me das la dicha de tenerte  
Tan sólo para ésta voz atormentada  
Humilde y sumiso vengo a pedirte

Que recojas mi alma angustiada  
Que otra vez ansía ver su suerte  
Entre tus dulces brazos cobijada.

## **II.- PERDIDOS. VÍCTIMAS DEL RELATIVISMO.**

Tuve la dicha y la fortuna ésta noche de reconocer el suave arrullo de tu voz cuando más lo necesitaba.

Sin embargo, en mi camino hasta llegar a ti, Señor, dejé atrás a multitud de hermanos que errantes deambulaban con el rumbo perdido. Seres solitarios que, cual fantasmas en la noche, pasean a diario por nuestro lado sin que apenas lleguemos a percatarnos de su presencia.

Son náufragos, víctimas del virulento oleaje de una sociedad materialista que un día decidió dejarlos apartados, y que hoy, en medio de su angustia y de la soledad que les embargan, buscan desesperados una tabla de salvación a la que agarrarse antes de que la tempestad les arrebatase sus últimas esperanzas de cambio.

¿Los recuerdas? Aunque no lo parezca son los mismos a los que en un momento determinado la bonanza económica colocó en un status desconocido e insospechado; Personas convertidas de la noche a la mañana en poderosos reyes de bienes materiales que en poco tiempo ganaron más lo que nunca hubieran imaginado. Pero administraron mal sus ganancias, hicieron residenciar toda su felicidad en posesiones temporales y se apoderó de ellos las ansias de poder, la codicia de acumular, sumiéndonosles en una espiral de la que les fue imposible escapar. Se volcaron en el trabajo como medio para mantener la estabilidad, perdieron el rumbo y la capacidad de tener tiempo para disfrutar de tantos bienes como tenían a su alcance, y de éste modo sus vidas se fueron marchitando al mismo ritmo que la felicidad pasaba airosa por delante de su puerta sin que tuvieran tiempo para disfrutarla. Avaricia y “*Vanidad, sólo vanidad*” que ya predijo el Eclesiastés “*El que*

*ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, nunca sacará provecho". (Eclesiastés 5.10)*

Y hoy, ya los ves, la crisis les arrebató sus bienes con la misma fugacidad con la que un día se los dio, y desorientados y aún aturcidos andan de sol a sol vagando perdidos. Un día se apagó la luz que los guiaba y quedaron fríos, despojados ante la verdad desnuda de su existencia, sumidos en preocupaciones y presos de obligaciones e hipotecas. Esclavos de su propia felicidad, esclavos de la ambición que les consumió encerrándolos en el fugaz palacio de cristal en el que quedaron presos.

¿Y quién les puede culpar? ¿Quién es capaz de reprocharles su comportamiento si únicamente se convirtieron en víctimas del dictado de una sociedad que les marcó un camino equivocado? Una sociedad materialista, hedonista, en la que el egoísmo se erigió en epicentro, en la que el placer sin medida se convirtió en la única referencia válida y en la que no podían tener cabida ni los principios ni los valores.

Y ahí, de una forma inevitable terminaron topándose contigo, Señor. Porque, claro, ciertamente no se podía permitir que el bien común que predica tu palabra limitara la capacidad individual de la persona, porque no estaba bien visto que el hombre, como nuevo centro del universo, dependiera de la existencia de algo superior y supremo, porque no estaba bien que los valores y la conciencia encorsetaran las posibilidades de expansión y crecimiento, de la modernidad y el progreso.

Y comenzaron entonces los hombres a pensar que Dios está bien mientras no les molestes. Que Dios está bien mientras se quede encerrado con doble candado entre los muros de las Iglesias, mientras no me persiga continuamente su mensaje, mientras no me desvelen sus mandamientos; Dios está bien siempre y cuando esté bien arrinconado.

Por eso, Señor, para que tu presencia no les agobiase y les acosase, un día decidieron retirarte de sus mentes y de sus vidas, confinándote como castigo al ámbito familiar y meramente intimista. En un signo palpable de los vientos que corrían te fueron descolgaron de las aulas de colegios y universidades simplemente porque tu figura, tu sola figura, les molestaba. Porque tus brazos abiertos irradiando amor atentaban y herían la sensibilidad de una sociedad abierta y plural donde había cabida para todo excepto para tu mensaje.

Como si de un Génesis inverso y maldito se tratara el hombre expulsó a Dios del paraíso artificial que había construido y para que no volviera a molestar con su presencia levantó altas torres de diversión y entretenimiento desde las que poder vigilar por si se le ocurría regresar.

¿Y cuál fue tu respuesta Señor ante tal desafío?. Ya lo ves, permaneciste impasible y callado, doliente por ver cómo el hombre se consumía.

Todo se relativizó de repente. El concepto de matrimonio y de familia se abrió para dar cabida a quienes buscaban escaparse de los corsés que no les convenían. Hasta el concepto de persona se relativizó y el hombre decidió establecer cuando y donde debería comenzar la vida y autorizó ese asesinato bajo el nombre de aborto, bendiciéndolo con la simple excusa de querer primar el bienestar y la comodidad de la mujer.

Y hoy nos encontramos con las secuelas de tal desatino: matrimonio rotos antes de dar tiempo a la reflexión, niños que sufren las consecuencias del desamor y que vagan de casa en casa como mueble que molesta y estorba, personas sin otra finalidad en la vida que satisfacer sus necesidades primarias, inmigrantes de usar y tirar que ahora con el desempleo molestan... Nuevamente la muerte no sobrevivió a la muerte, y hoy caídos están los dioses de barro que forjaron las manos de quienes un día se pensaron invencibles.

Fuiste y sigues siendo objeto de burla por aquellos que se jactaban de ser tolerantes, por los programas de televisión y los medios de comunicación que exigían respeto para todas las formas de pensar, fuiste objeto de escarnio y sacrilegio porque todo lo que olía a religión debía desaparecer, ser tachado de arcaico y sin sentido, de ridículo y mofable.

¿Y cuál fue tu respuesta Señor ante tales atrocidades?. Continuaste inmóvil, con la mano tendida.

Y hoy podría yo, Señor, dignamente plantarme ante tu presencia y levantar mi severo dedo inquisidor para identificar a los culpables de tales desmanes. Podría marcarlos uno a uno sin condescendencia. Podría revelar todas las cosas que tengo guardadas. Podría, podría...

Pero lo cierto y verdad es que si me paro a hacer un ejercicio de reflexión interior, si decido escrutarme profundamente antes de fijarme en la paja del ojo ajeno, antes de acusar ciertamente sería incapaz de mirarte a los ojos y decirte que yo no fui uno de ellos.

Sería incapaz de postrarme ante tus pies, y clamar delante de mis hermanos a voz en grito que en todo momento te defendí y luché por hacer presente tu mensaje en mi vida cotidiana. Soy incapaz de mentir y decir que nunca me dejé seducir por el ritmo de vida que el dinero y la sociedad me imponía, que no me cegué en mi trabajo con el único fin de conseguir logros personales a costa incluso de pisar y despreciar al resto de mis hermanos.

No podría hacerlo simple y llanamente porque no es cierto. Bien sabes Señor que yo también fui uno de ellos, que me dejé arrastrar por las modas, que no te defendí lo que debía, que adoré a dioses de barro que con el tiempo se fueron marchitando.

Y lo que es más grave, Señor, sabes que es cierto cuando al sincerarme te digo que yo también te descolgué en demasiadas ocasiones de mi vida. Yo también me creí invencible y en mi vanidosa opulencia pensé que me bastaba y me sobraba el mundo que me rodeaba para alcanzar la felicidad que ansiaba.

Se me hizo demasiado pesada la carga de tu Cruz, y un día descubrí que mi subida al Calvario, que representa nuestro devenir diario, se hace mucho más liviano si me despojo del compromiso que conlleva arrastrar el madero. Olvidé lo que nuestra Santa más sevillana nos dijo *“no hay nadie que viva sin cruz y el que huya de una, encontrará otra más pesada”*.

Podría en fin, Señor, negar que más de tres veces te negué, y que no te volvería a negar nunca. Pero ya es tarde y son mis propios actos los que ahora me descubren y me delatan.

Lo único que me diferencia del resto, es que tuve la fortuna de nacer en el seno de una familia que predicaron tu existencia y que me inculcaron valores, con los que pude encontrar la senda y poder escuchar tu voz ésta noche.

Y hoy, arrepentido y avergonzado me postro ante ti solicitando el perdón que no merezco, y se hace más grande el dolor de mi pecado pues sé que ante mi olvido y mi desprecio, ante mi culpa y mis fallos, tu respuesta vuelve a ser, sin rencor y sin agravio, ofrecermelo tendida tu mano. Esa que a pesar de lo que hagamos nos muestras diciendo *“venid a mí los que estéis cansados y oprimidos, que yo os aliviaré”* (Mt. 11, 28), porque *“yo soy el camino, la verdad y la vida”* (Jn 14,6)



### **III.- LLEGAR A TI A TRAVÉS DE MIS HERMANOS**

Haz Señor que al solicitar el perdón que arrepentido de ti imploro no me permitas fácilmente olvidar los errores que cometí, para que concienciado de mis torpes actos no vuelva a incidir en los fallos que ésta noche me condujeron hasta Ti. Haz que no vuelva a descolgarte egoístamente de mi vida, que no me olvide que eres roca firme donde descansa mi único consuelo, mi paz, mi luz, mi salvación, mi cielo.

No permitas que te encierre a mi antojo entre los muros de las Iglesias. Que más allá de la divina figura que ante mis ojos se muestra pueda sentir y reconocer tu presencia en cada una de las obras que creaste, en las que de forma extraordinaria me regalas y en aquellas otras que a diario me ofreces y que por rutinarias y cotidianas doy por sentado que deben reproducirse y sólo por eso tiendo con frecuencia a despreciarlas.

Hazme capaz de comprender que cada día que amanece, lejos de formar parte de una cruenta rutina, se convierte en una inmerecida oportunidad que me ofreces para amar y sentirme amado, Hazme capaz de entender que cada nueva aurora que al alba despunta trae consigo un regalo que me concedes para redimir mis pecados y percibir tú grandeza. Haz, Señor, que te pueda apreciar y reconocer en las cosas más sencillas que a diario me das: en el agua que sacia mi sed, en el sol que me acaricia en cada despertar, en el pan que me alimenta, en la luz que me atormenta... que en todas ellas pueda ver y apreciar tu presencia para así poder “*sentir Señor tu amor cada mañana*” (Salmo 143).

Escucha Señor con bondad mi plegaria. Borra de mí ésta ceguera que me inunda y me atormenta, abre mis ojos para que tomen conciencia que tan sólo si te sé reconocer en las cosas sencillas que a diario me rodean puede quedar saciadas mis ansias de poder y llenar así de felicidad mi vida entera.

Pero sobre todo te pido, Señor, que en mi actividad diaria me des la capacidad para reconocerte y apreciarte en cada uno de mis hermanos. Porque, a pesar que en demasiadas ocasiones actúe como si no quisiera saberlo, como si quisiera ignorarlo, tengo la firme convicción de que Tú vives en todos y cada uno de nosotros de forma intangible e insondable. Tu palabra se hizo carne para habitar entre nosotros, para amar y sentir a nuestro lado, para sufrir con cada una de nuestras penas y de nuestros miedos, para llorar y compartir las fatigas del camino, a cada paso que damos, con cada uno de nosotros. Tú no eres un Dios lejano y distante de acceso inalcanzable y duro corazón de piedra, sino que eres un Dios cercano que se hace carne en el cuerpo de cada uno de mis hermanos, habitando en ellos como el alma lo hace en el cuerpo: habitas en los que me aprecian y me demuestran su cariño a diario, pero sobre todo en los que abiertamente discrepan conmigo, en aquellos que no nunca podrán entender mi forma de ser y de pensar, en los que mi vanidad despreció y en los que un buen día decidí apartar de mi vida por desidia o simplemente porque ya no convenían; en todos ellos vives y anidas y todos somos un reflejo de tu Amor aunque nos sea más cómodo negarlo.

Por eso te pido Señor que me hagas comprender que absurdo e inocuo será cualquier tipo de acercamiento hasta Ti si antes no me encuentro en comunión con todos ellos, que no puedo acudir a tu presencia arrastrando vanidoso y engreído el agravio y el resentimiento por el daño causado, que no puedo pedirte Caridad y perdón si antes no he perdonado y me he entregado a mis hermanos más allá de las setenta veces siete que nos ordenaste, con humildad, con paciencia y resignación, del mismo modo en que tú me recibes a mí cuando necesito consuelo.

Sólo así podré sentir cercana tu presencia, sabiendo que de verdad estoy dando cumplimiento a la verdad más pura y más sencilla del Evangelio, a aquel nuevo mandamiento que nos entregaste como principio

inquebrantable para todo el que pretendiera seguirte y llamarse discípulo tuyo: *“amaros los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn. 15.35).

A veces olvidamos que nadie puede amar a Dios despreciando al hermano que tiene a su lado, como queriendo desconocer que nuestra Fe se puede condensar en dos únicos mandamientos: *“amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu mente”*. Sí, *este es el mandamiento más importante y el primero, pero recordar que el segundo deriva del primero y es parecido en su contenido: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”* y no se entienden el uno sin el otro, ni el otro sin el uno, porque. *“¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?. Porque nosotros tenemos ese mandamiento de él, el que ame a Dios ame primero a su hermano”* (1º Jn. 4.20-21).

Y es que, en verdad ¿qué sentido tiene que de abajo a arriba y de arriba a abajo, mantenga contigo una relación diaria y fluida, que acuda puntual a la comunión diaria y frecuente los sacramentos con estricta observancia, qué sentido tiene mantener contigo una relación aparentemente perfecta si al final olvido que la Cruz en la que me muestras tu presencia, no se compone de un solo madero, aquel que de abajo a arriba y de arriba abajo representa mi relación contigo, si no de dos y que ese segundo, el que lo atraviesa de forma horizontal me conduce siguiendo tus brazos abiertos a los demás. ¿Qué sentido tiene si al traer orgullo mi ofrenda hasta tu altar la volverás a despreciar y me ordenarás que la deje para ir a reconciliarme presto con mi hermano (Mt. 5.23-24).

¿Qué sentido tiene que hoy me postre ante ti confesándote mis pecados, que me arrepienta y de rodillas mil veces te reitere sabidas oraciones que aprendí de pequeño?, ¿qué sentido tiene que insistentemente te busque en la Eucaristía y revista mi alma un día al año de negro rúan y esparto?

¿Qué sentido tienen todos mis actos, si al final reparo que no fui capaz de reconocerte en lo más sencillo?, en cada uno de nosotros; Si fui incapaz de percibir tu presencia en los hermanos que sufren y atraviesan dificultades, ¿Qué sentido tiene elevar mi voz hacia ti si no estoy dispuesto a escucharte? Qué sentido buscarte extendiendo los brazos si al final de mis plegarias responderás lo que en silencio llevas dos mil años pidiendo, que nos amemos los unos a los otros como Tú nos sigues amando.

#### **IV.- CARIDAD**

Sé además, Señor, que en esa entrega que me pides hacia los demás no me vas a exigir grandes heroicidades ni proezas, que no esperas ni pretendes de mí hazañas que puedan ir más allá de mis muchas limitaciones y torpezas, esas que bien conoces.

Cierto es que tus caminos se me hacen inescrutables; Como criatura tuya a tu merced estoy, mi vida te tengo entregada sin saber qué es lo que para mí me tienes destinado, pero desde mi mundo de apego material quiero tener la frágil creencia de pensar que, en tu perenne misericordiosa, no me vas a exigir en esa entrega a los demás que venda cuanto tengo para entregárselo a los pobres, como ya hiciste con aquel otro hombre al otro lado del Jordán (Marcos 10, 21). No, Señor. Sé que no me lo pedirías simplemente porque no me ves capaz de hacerlo o porque quizás no esté destinado para ello. Los modestos talentos que me distes no creo que puedan llegar para tanto. Será eso, o simplemente que me embarga una perenne sensación de egoísmo pero lo cierto es que quiero pensar que a cada uno de nosotros nos das nuestro papel en la sociedad y que lo único que pretendes es que no escondamos los dones que tenemos sino que los multipliquemos, para que desde ese lugar seamos luz que ilumine el mundo y piedras con las que edificar una sociedad más justa y equitativa.

Dones que en el compromiso de esa entrega a los demás deben ir mucho más allá de lo material, del puro y vil dinero con el que en demasiadas ocasiones pretendemos justificar nuestro concepto de Caridad. Qué equivocados están aquellos que, jactándose de entregar lo que les sobra al indigente y necesitado se dan golpes en el pecho exhibiéndose públicamente como salvadores de la humanidad, mecenas que reparten limosna a cambio de intereses mirando siempre con indiferencia y desprecio a quienes se la entregan. Qué equivocados están... Dinero sí,

del que me sobra, pero sin entregar nunca ni un segundo de los bienes más preciados que tengo, el tiempo, la dedicación, la entrega, el amor....

Porque vivimos, Señor, en una sociedad en la que a pesar de las muchas necesidades y del desempleo, sabes que una palabra de aliento, un motivo de consuelo, es el don máspreciado. Porque una muestra de humanidad, un momento de dedicación, es lo que precisan la mayoría de personas que nos rodean. La prueba más clara la tienes en mí, sabes que ésta noche no vine a tu presencia buscando limosnas ni monedas, sino simplemente para pedirte que en mi angustia atendieras mi voz atormentada, para que me escucharas y me comprendieras.

Así también otros tantos andan a nuestro alrededor en busca no del dinero, sino únicamente del bálsamo de la comprensión. Personas angustiadas que sólo necesitan sentir la suave caricia de saberse comprendidos, saber que siempre hay alguien detrás con el que poder compartir sus problemas, sus miedos, sus angustias y desvelos. Personas que simplemente alcanzarán a recuperar la felicidad por el hecho de saber reconfortados, por sentir que a pesar de todos los problemas que a diario le puedan atormentan, siempre tendrán la mano tendida de un amigo o un mero desconocido que con palabras de aliento le dirán que puede contar con ellos. Ese es el verdadero concepto de Caridad que predicó Pablo a los Corintios *“Que vuestra caridad no sea una farsa: aborreced lo malo y apegaos a lo bueno. Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo»* (S. Pablo a los Corintios 12,9-10).

Sé que pretendes que mi caridad pase por encontrar al día un momento para escuchar al necesitado y desvalido, para que se pueda sentirse amado como yo me siento hoy contigo.

Ese es el papel que yo sé que pretendes de mí y en el que debo esforzarme con esmero para que cuando llegue mi momento, ese que ya tienes

marcado, pueda presentarme ante Ti teniendo las maletas llenas y bien hechas, y cuando me preguntes qué hiciste por mi, poder responder con el corazón humilde pero bien henchido, me entregué a los demás, Señor, como tú siempre me has pedido. Amé sin medida a quien no conocía, mis oídos sirvieron de consuelo para el que lo necesitó y de bálsamo mi voz para las heridas de quien la requirió , ese es el bien máspreciado que un día pudiera entregarte, saber que mis talentos germinaron y florecieron en el corazón de quienes en algún momento vinieron en mi busca pidiendo consuelo.

## **V.- EPÍLOGO**

El tiempo Señor, que no deja de ser Juez de nuestra existencia comienza a marcar inexorable el amargo trance de tener que poner punto y final a esta meditación, a éste momento de reflexión que me permitió volver a encontrarme contigo, a éste sueño fugaz en el que por unos momentos te tuve sólo para mí, para mí sólo, para ésta alma angustiada que atormentada vino pidiéndote auxilio y cobijo. El reloj me va devolviendo a la realidad y comienzo a darme cuenta que aunque con todas mis fuerzas pretendiera alargar y congelar éste instante para siempre el despiadado destino me llama y me despierta del maravilloso letargo en el que contigo he permanecido, inevitablemente me arrebatara de tus brazos, de ésta fantasía maravillosa con la que inmerecidamente has decidido premiarme.

Porque presta está ya la campana de San Andrés para romper con su profundo tañido el silencio que me condujo a ti. Presta está ya la luna de Parasceve en su punto más álgido, soñando con hacerse llena cuando muera otro lunes santo, prestos y deseosos están los labios de mis hermanos que aguardan anhelosos para marcar tu desnudez con los besos y promesas que llevan guardados,

Dispuesto el ánimo encendido,  
la tenue luz en la tarde almidonada  
que bañando las calles empedradas,  
aguardan ver tu cuerpo adormecido.

El alba y la noche de nuevo fundido  
las viejas aceras de amor perfumadas  
silenciadas todas las miradas  
para sentir quedamente tu latido.



Saldrá otra vez a tu encuentro la Ciudad  
cansada ya de pena y sufrimiento  
pidiéndote una nueva oportunidad,

que seas alivio para sus tormentos,  
y hallarán en tu mano, Caridad,  
de nuevo la cura para sus lamentos

Pero antes de que todo eso ocurra, de que la macilenta belleza se  
marchite y mi voz se aleje perdiéndose en el olvido de quienes un día me  
antecedieron, quisiera por un segundo volver a retener tu presencia para  
que escuches como oración final lo que al oído te pido:

No conviertas, Señor, éste momento que viví contigo en un sueño  
percedero que se pierda en la oscuridad con la levedad de un suspiro;  
que no se apague la llama que ésta noche encendiste en mí, que no caiga  
en el letargo la oración que te entrego rendido.

A tus pies dejo ésta meditación no como vano fruto pasado, sino como  
decálogo comprometido, como promesa de amor perenne, para que en las  
tinieblas de la realidad guíen e iluminen mi camino.

Haz que la paz con la que hoy me inundaste se transforme en fuerza viva  
con la que hacer germinar la luz de tu mensaje en esta sociedad que tanto  
te necesita. Arranca de mi boca las palabras hirientes, para que dando  
testimonio de tu obra de mi lengua sólo pueda salir la dulzura del  
consuelo, Que mis manos sirvan para construir, que sean bálsamo para  
aquellos que en su calvario las busquen como pañuelo.

Bendíceme Señor en ésta última hora para que las palabras que te dejo  
no se las lleve el viento, no desprecies mis promesas de cambio, mi

redención, mi vida, que no se hagan ensueño ni pasajera fantasía de ésta bendita noche en la que me permitiste estar a tu lado.

Bendice Señor a la mujer que amo, aquella en cuyo vientre germinó el regalo más anhelado ypreciado, que no nos falte nunca el pan espiritual con el que alimentarnos, que entre los dos consigamos crear un nido de amor donde tu palabra florezca.

Haz que si nuevamente me pierdo ellas me recuerden el camino que un día me condujo hasta ti, a tu Caridad que en todo momento me inunda y me cobija, y así descansar complacido y reconfortado hasta que llegue el fin de mis días.

Amén.